

OBJETIVO GENERAL: tomar conciencia de que Dios habla de muchas maneras y favorecer las condiciones que nos permitan aprender a escucharle.

TEMA 1: BUSCANDO LA LUZ

F.- LA PALABRA EN LOS ACONTECIMIENTOS

OBJETIVO: tomar conciencia de que Dios, manifestado en Jesucristo y presente en nuestras vidas, habla de muchas maneras en los acontecimientos de la vida, en los signos de los tiempos y desear ser sensibles a la Palabra.

Catecismo de la Iglesia Católica
Lectura recomendada: números 74 a 83

I. COMUNICACIONES

II. TIEMPO DE ORACIÓN

III. CATEQUESIS

I. EN EL GRAN GRUPO

I. PRESENTACIÓN

- Invitar a comentar los asuntos o experiencias que hayan surgido a partir de las catequesis anteriores.
- Sabemos que Dios habla, no es un Dios mudo... Jesús ha dejado las huellas de su presencia, una vez resucitado, por lo que podemos percibirle presente en nuestras vidas.
- Hoy damos un paso más: nos planteamos cómo esa presencia es eficaz, cómo, en ella, tiene una palabra de vida para nosotros y para la humanidad, cómo se manifiesta el Señor en los acontecimientos.

II. DINÁMICA EN PEQUEÑOS GRUPOS

En la misma sala, en pequeños grupos por proximidad, respondemos al siguiente

I. CUESTIONARIO

Nota: tomamos notas, en síntesis, para la puesta en común.

- Recordamos alguna experiencia, de las comentadas en la pasada reunión, en la que hayamos percibido que el Señor se ha hecho presente.
- A partir de nuestra experiencia, ¿podemos decir que Dios habla en los acontecimientos, en la trama de nuestra historia, de la historia?
- ¿En que nos basamos para afirmarlo?

III. EN EL GRAN GRUPO

I. PUESTA EN COMÚN

- Cada grupo comparte una síntesis de lo comentado y se anota en la pizarra.
- El animador constata si son meras impresiones, algo genérico y global o una experiencia concreta.
- En este caso, se invita a compartirla con todo detalle, anotando los datos en la pizarra, para compararla después con las experiencias que vamos a analizar.

II. PROFUNDIZAMOS

- Comentamos las experiencias difusas, globales:
 - * No es suficiente una sensación, una impresión.
 - * Sabemos que las personas necesitamos la seguridad de lo que se nos dice: "A mí me hablas con claridad".
- Comentario sobre la experiencia compartida, procurando discernir si Dios se ha hecho presente o no en el acontecimiento concreto.
- Vamos recuperar experiencias, personales, eclesiales y sociales, de personas que han reconocido cómo habla el Señor en los acontecimientos.

Nota: Seguimos el Documento **La Palabra en los acontecimientos** y otros documentos complementarios. Podemos leerlo y comentarlo.

- Comentamos lo expuesto, aclarando dudas.
- Si es posible, llegamos a alguna conclusión.

IV. CELEBRACIÓN

- Podemos finalizar la reunión con un breve momento de oración, que permita recoger los sentimientos aparecidos.

DOCUMENTO PARA LA CATEQUESIS

El hecho de la Palabra supone que la Palabra está en los hechos, es decir, en la trama de los acontecimientos, significativos y reveladores, que transforman la experiencia humana en experiencia de fe. La Palabra de Dios, “antes que cuerpo de doctrina, es acción gratuita de Dios” (CC 107). Las experiencias que siguen pueden servir de modelo: a) el proceso de conversión de San Agustín; b) la conversión profética de Bartolomé de las Casas; c) la llamada a la renovación de Juan XXIII. Son experiencias diversas: una de ámbito personal; otra, de ámbito social (no exclusivamente); la tercera, de ámbito eclesial. Pero las tres convergen en el objetivo común: la escucha de la Palabra en los acontecimientos.

Una cosa parece importante: si Dios habla, el creyente ha de escuchar; ello supone un respeto a la iniciativa de Dios (quien habla es Dios, no el hombre), un discernimiento imprescindible (personal, pastoral, comunitario) y la acogida de algo que, por encima de todo, es don de Dios (no producto del hombre). Además, “toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia” (2 Tm. 3, 16-17), pero hay situaciones cuyo contexto manifiesta significativamente que Dios sigue hablando, o que Cristo se mete en la conversación, como sucedió a los de Emaús. En cualquier caso, es inútil hablar de método (lo cual supone un control por parte del hombre); la palabra de Dios trasciende todo método; se cumple en la dinámica del Espíritu. Se requiere una actitud de escucha y un fiel discernimiento, que respete la iniciativa de Dios y acoja, en cada caso, su don más allá de todo racionalismo (que considera imposible que Dios hable hoy), de todo iluminismo (que anunciara una nueva revelación o un tercer testamento) y de toda magia, juego o manipulación (que pretendiera hacerle hablar a Dios).

Las experiencias invitan a descubrir en los acontecimientos el hecho de la Palabra. Para ello, hay que superar la miopía, denunciada en el viejo proverbio chino: “Cuando alguien apunta a la luna, el idiota mira el dedo”.

I. EL PROCESO DE CONVERSIÓN DE SAN AGUSTÍN

El punto de partida en el proceso de conversión de San Agustín: “Transcurrieron nueve años durante los cuales yo me agité en el fango profundo, en las tinieblas de la mentira”ⁱ. Muy lejos, por supuesto, de los consejos y recomendaciones de su madre: “Lo que ella quería y recuerdo con qué inquietud apasionada ella me lo recomendó secretamente, era que evitase toda fornicación y, sobre todo, que me guardase de seducir a la esposa ajena. Yo lo consideraba opiniones de mujer”ⁱⁱ.

En el fondo, Agustín había incurrido en la pretensión original del hombre pecador: ser como Dios, independientemente de Dios (Gn 3, 5). Creyó tener en sus manos el control de su felicidad, pero su proyecto vital se le fue manifestando con una mentira: “Durante estos nueve años, desde los diecinueve hasta los veintiocho, permanecí así, seducido y seductor, engañado y engañador, entregado a mis diversas pasiones”ⁱⁱⁱ.

Muy joven todavía, se enamora de una mujer, de la que tiene un hijo: Adeodato y descubre la filosofía al leer el *Hortensius* de Cicerón: el deseo de la verdad le acompañará siempre. Lee la Sagrada Escritura, pero no la entiende. Para encontrar “su verdad” ingresa en la secta maniquea. Enseña retórica y elocuencia. De Cartago, va a Roma y, luego a Milán, donde encuentra al gran obispo Ambrosio, a quien

escucha asiduamente. Descubre entonces la superioridad de la Escritura y se hace catecúmeno: "en espera de que alguna luz cierta viniese a orientar mis pasos"^{iv}.

Pero no todo estaba resuelto. Por un lado, dice Agustín, "yo no veía en el Cristo, mi Señor, más que un hombre de una eminente sabiduría, con el cual nadie podría igualarse"^v; por otro, habiendo despedido a la mujer (que le había dado un hijo, Adeodato) y habiendo de esperar dos años antes de obtener la mano que le estaba prometida, "menos enamorado del matrimonio que esclavo del placer, dice Agustín, me procuré otra mujer, una amante, como para alimentar y prolongar la enfermedad de mi alma... Así pues, la herida abierta por el desgarrón producido al serme arrancada la primera compañera, no se curaba; pero después de vivos, de escocedores dolores, manaba purulencia, y el mal, menos agudo, se hacía más desesperado"^{vi}.

Como en el Génesis, Agustín se encontraba desnudo (3,7), es decir, vacío, infeliz, desesperado: "Con el alma enferma, yo me torturaba, acusándome a mí mismo con más severidad que nunca... Me decía en mi interior: ¡Acabemos ya! ¡Acabemos ya! Mis palabras me encaminaban hacia la decisión; iba a obrar, pero no obraba. No volvía a caer en el abismo de mi vida pasada, pero permanecía de pie en el borde, tomando aliento"^{vii}.

Sin embargo, la situación se hacía cada vez más insoportable: "Cuando, desde el fondo más íntimo de mi alma, una meditación profunda hubo apilado y amasado toda mi miseria ante los ojos de mi corazón, se levantó en él una gran tempestad, cargada de una abundante lluvia de lágrimas"^{viii}.

Agustín da un paso fundamental en el camino del Evangelio: reconoce su propia incapacidad. Y desde esta situación, le brota la oración profunda: "¿Y Vos, Señor, hasta cuándo? ¿Hasta cuándo, Señor, permaneceréis irritado? ¡No guardéis ya más el recuerdo de mis iniquidades pasadas!"^{ix}.

Como respuesta a esta oración, Agustín se encuentra con el hecho de la Palabra, que iba a orientar definitivamente su camino: "De pronto, oí una voz, que salía de una casa vecina, voz de muchachito, o de muchachita, no lo sé bien, que cantaba, que repetía varias veces: ¡Toma, lee! ¡Toma, lee! Y enseguida, cambiando de rostro, busqué muy atentamente, quise recordar si esto era el refrán habitual de algún juego de niños; y nada de esto me vino a la memoria. Reprimiendo la violencia de mis lágrimas, me levanté; la única interpretación que entreveía era que una orden divina me indicaba que abriese el libro del Apóstol, y que leyese el primer capítulo sobre el cual se posasen mis ojos. Acababa de saber que Antonio, al llegar un día, durante la lectura del Evangelio, había oído, como una advertencia a él dirigida, estas palabras: Ve, vende cuanto posees, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; ven, sígueme, y que este oráculo lo había convertido inmediatamente a Vos.

Me apresuré, pues, a regresar al sitio donde se encontraba Alipio, sentado; pues, al levantarme, había dejado allí el libro del Apóstol. Lo cogí, lo abrí, y leí en voz baja el primer capítulo en el que se posaron mis ojos: No viváis en los festines, en los excesos de vino, ni en las voluptuosidades impúdicas, ni en las querellas y los celos; revestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no busquéis el modo de contentar la carne en sus deseos. No quise leer nada más; no lo necesitaba. Al acabar estas líneas, llenó mi corazón una especial luz de seguridad, que disipó todas las tinieblas de mi incertidumbre.

Entonces, después de marcar con el dedo, no sé con qué otro signo, aquel lugar del libro, lo cerré y, con el rostro ya serenado, lo conté todo a Alipio. Y él me descubrió, a su vez, lo que, sin yo saberlo, le había ocurrido. Pidió ver lo que yo había leído; se lo enseñé, y leyó lo que venía después de lo que yo había leído. Yo no conocía la

continuación. Y en efecto: *Asistid al que está todavía débil en la fe. Consideró que esto iba dirigido a él, y así me lo confesó*"^x.

Desde entonces Agustín comenzó una vida nueva, revestido de Cristo.

II. LA CONVERSIÓN PROFÉTICA DE BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

Bartolomé de las Casas llega a América el 15 de Abril de 1502, a los nueve años del descubrimiento, participando con Ovando en la violenta conquista de los indios taínos. Religioso dominico, es ordenado sacerdote en 1511. Desde enero de 1513, participa con Pánfilo de Narváez en la conquista de la isla de Cuba, donde la dominación europea de los cristianos se impone "a sangre y fuego". Por el sistema del *repartimiento* Bartolomé recibe un grupo de indios que trabajan para él. Es el pago de sus servicios: durante doce años había sido cómplice de la violencia en el Caribe.

"El clérigo Bartolomé de las Casas –escribe autobiográficamente– andaba bien ocupado y muy solícito en sus granjerías, como los otros, enviando sus indios de su repartimiento, a las minas, a sacar oro y hacer sementeras, y aprovechándose dellos cuanto más podía"^{xi}.

Todo estaba aparentemente "en orden", cuando un acontecimiento normal viene a poner las cosas en cuestión: Diego Velázquez, "como no había en toda la isla clérigo ni fraile", le pide que les celebre la misa y les predique el evangelio. Bartolomé "comenzó a considerar consigo mismo sobre algunas autoridades de la Sagrada Escritura". En especial, aquel pasaje del Eclesiástico: "Sacrificios de bienes injustos son impuros, no son aceptadas las ofrendas de los impíos. El Altísimo no acepta las ofrendas de los impíos ni por sus muchos sacrificios les perdona el pecado. Es sacrificar al hijo en presencia de su padre robar a los pobres para ofrecer sacrificio. El pan es vida del pobre, el que se lo defrauda es homicida. Mata a su prójimo quien le quita su salario, quien no paga el justo salario derrama su sangre" (34, 18-22).

Bartolomé no pudo celebrar su misa: "aplicando lo uno (el texto bíblico) a lo otro (la miseria y servidumbre que padecían aquellas gentes), determinó en sí mismo, convencido de la misma verdad, ser injusto y tiránico todo cuanto acerca de los indios en esta India se cometía". Por tanto, liberó a sus indios ("acordó totalmente dejarlos") y comenzó su *predicación profética* primero en Cuba, después en Santo Domingo, posteriormente en España y después en todos los reinos de las Indias, "quedando todos admirados y aún espantados de lo que les dijo". Aquel pasaje del Eclesiástico tenía una fuerza impresionante.

III. LA LLAMADA A LA RENOVACIÓN DE JUAN XXIII

Era el 13 de noviembre de 1960. Representaciones de todos los ritos de la Iglesia Católica se reúnen en torno al Obispo de Roma. El momento es histórico: comienza "la fase preparatoria, más sólida y fundamental, del Concilio Ecuménico Vaticano II". Habla Juan XXIII: *"La obra del nuevo Concilio Ecuménico tiende toda ella verdaderamente a hacer brillar en el rostro de la Iglesia de Jesús los rasgos más sencillos y puros de su origen y a presentarla, tal y como su Divino Fundador la hizo: sin mancha ni arruga... Detenerse durante algún tiempo junto a ella en un estudio afectuoso por seguir las huellas de su más ardiente juventud y ordenarlas de nuevo de modo que aparezca su fuerza conquistadora a los espíritus modernos, tentados y comprometidos por falsas teorías del príncipe de este mundo... he ahí el propósito nobilísimo del Concilio Ecuménico, cuya preparación se inicia ahora"*^{xii}.

Al día siguiente, en una alocución dirigida a los miembros de las Comisiones Pontificias y Secretariados, encargados de preparar el Concilio, dice también: *“se trata de renovar en su valor y esplendor la sustancia del pensar y vivir humano y cristiano, del que la Iglesia es depositaria y maestra por los siglos”*. La empresa no era fácil y hacía falta valor; a Juan XXIII le corresponde levantar los ánimos: *“debemos llenarnos de valor... No, Cristo, Hijo de Dios y Salvador nuestro, no se ha retirado del mundo que ha redimido, y la Iglesia, fundada por Él, una, santa, católica y apostólica, continúa siendo su cuerpo místico, del cual Él es cabeza, con el cual cada uno de nosotros está relacionado, al cual pertenecemos”*. Y también: *“Desde el Decálogo de Moisés hasta los cuatro Evangelios todo recibe su fuerza de esto: a saber, de Cristo y de su Iglesia, en cuyo centro Jesús bendito continúa siempre repitiendo las solemnes palabras: Yo soy la luz del mundo. Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 8, 12; 14, 6). A estas palabras y a lo que ello significa ponen después un divino sello las últimas, con que termina el Evangelio de San Mateo: Sabed que estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt. 28,20). Y finalmente, la esperanza en forma de pregunta: “¿No os parece oír el eco de una voz lejana que llega a nuestros oídos y a nuestros corazones? Arriba, resplandece, Jerusalén, que ha llegado tu luz y la gloria del Señor sobre ti ha amanecido (Is 60, 1). El lejano Isaías nos ofrece las notas para el primer canto triunfal, que recoge los ecos del melodioso fervor que se eleva de entre las lenguas, tribus y pueblos”*; en efecto, desde el anuncio del Concilio Ecuménico Vaticano II, *“el mundo cristiano ha notado que una corriente de espiritualidad conmueve las almas con vibraciones insólitas”^{xiii}*; muchos espíritus despiertan de un letargo histórico.

En una preciosa exhortación dirigida al clero de las tres Venecias, le confía Juan XXIII cuál fue la génesis inmediata del anuncio del Concilio: *“Para su anuncio escuchamos una inspiración de cuya espontaneidad sentimos, en la humildad de nuestra alma, como un golpe imprevisto e inesperado”^{xiv}*. Como era de esperar, no faltaron dificultades y resistencias; hubo incluso voces que llegaron a hablar de *“locura papal”^{xv}*.

----- 0 -----

Cambio de plano. Corre el año 520 (a.C.), meses de agosto y septiembre. Comienza el periodo posterior al destierro; antes del destierro, la palabra profética había sido *“castigo”*; durante el destierro, se había convertido en *“consolación”*; ahora, la palabra es *“reconstrucción”*. El profeta Ageo llega en un momento decisivo: el nacimiento de la nueva comunidad de Palestina. Los primeros judíos vueltos de Babilonia para reconstruir el Templo se desanimaron enseguida. Pero los profetas Ageo y Zacarías reavivaron las energías, levantaron la esperanza.^{xvi}

La primera dificultad es la falsa prudencia, desenmascarada por la Palabra del Señor: *“Este pueblo mío anda diciendo: Todavía no ha llegado el momento de reedificar la Casa del Señor” (Ag 1, 2)*.

La palabra interpela con un interrogante directo, demoledor de todo tipo de establecimiento: *¿Es acaso para vosotros el momento de habitar en vuestras casas artesonadas, mientras que esa Casa está en ruinas?” (1, 4)*.

Sigue la interpelación, con una contrastada constatación: *“Aplicad vuestro corazón a vuestros caminos. Habéis sembrado mucho, pero cosecha poca; habéis comido, pero sin quitar el hambre; habéis bebido, pero sin quitar la sed; os habéis vestido, mas sin calentaros, y el jornalero ha metido su jornal en bolsa rota... Esperabais mucho y bien poco es lo que hay. Y lo que metisteis en casa lo aventé yo. ¿Por qué?... porque mi*

casa está en ruinas, mientras que vosotros vais aprisa cada uno a vuestra casa" (1, 5-9).

Y una nueva pregunta: "¿Quién queda entre vosotros que haya visto esta Casa en su primer esplendor? Y ¿qué es lo que veis ahora? ¿No es como nada a vuestros ojos?" (2, 3).

El pueblo acoge la Palabra (1, 12) y ésta, habiendo denunciado la situación, convoca a la esperanza: "Mas ahora, ten ánimo, Zorobabel ...; el espíritu de Josué, y el espíritu de todo el resto del pueblo. Y vinieron y emprendieron la obra en la Casa del Señor, su Dios" (1,14).

----- 0 -----

El Vaticano II (1962-1965) ve en la experiencia comunitaria de los orígenes (Hch 2, 42-47) el modelo no sólo de la vida religiosa (PC 15, 1), de la de los misioneros (AG 25, 1) y de los sacerdotes (PO 17, 4 y 21, 1), sino de todo el pueblo santo de Dios (LG 13, 1; DV 10, 1)^{xvii}. La Iglesia se renueva en la medida en que vuelve a ser *comunidad, comunidad, Pueblo de Dios* (LG) y en que escucha la *Palabra viva de Dios* (DV); en esa medida establece un *diálogo evangelizador con el mundo* (GS), siendo realmente, *luz de las gentes*; así se puede entonar el canto profético de la renovación y de la esperanza: "Ensancha el espacio de tu tienda" (Is. 54, 2; ver CC 195).

ⁱ San Agustín, *Las confesiones*, III, 11, 20. Pueden verse otras experiencias: San Francisco de Asís, M. de Unamuno, experiencias europeas actuales (en *Proyecto catecumenal I* [PC 1]), Edice, Madrid 1981, Doc. 5), Santa Teresa (en PC II, Doc. 7, tema 74); más experiencias, ver López, J., 'VIII Encuentro europeo de catecumenado', en *Actualidad catequética* 105 (1981) 111-22.

ⁱⁱ San Agustín, o. c., II, 3, 7.

ⁱⁱⁱ San Agustín, o. c., IV, 1, 1.

^{iv} San Agustín, o. c., V, 14, 25.

^v San Agustín, o. c., VII, 19, 25.

^{vi} San Agustín, o. c., VI, 15, 25.

^{vii} San Agustín, o. c., VIII, 11, 25.

^{viii} San Agustín, o. c., VII, 12, 28.

^{ix} San Agustín, o. c., VIII, 12, 28.

^x San Agustín, o. c., VIII, 12, 29 y 30; ver Rm. 13, 13.

^{xi} Ver Dussel, E., 'El pan de la celebración, signo comunitario de justicia', en *Concilium* 172 (1982) 236-38.

^{xii} Juan XXIII, 'Un Señor, una fe, un bautismo. Homilía del Papa después de la misa eslavo-bizantina' (13 noviembre 1960; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 14-15), en *Ecclesia* (1001) 5; ver Asamblea de Cardenales y Arzobispos de Francia, 'La encíclica *Mater et Magistra* y la preparación del próximo concilio', en *Ecclesia* (1064) 16.

^{xiii} Juan XXIII, 'Una corriente de espiritualidad conmueve las almas con vibraciones insólitas. Alocución del Santo Padre a los miembros de las comisiones pontificias y secretariados preparatorios del Concilio Ecuménico Vaticano II' (14 noviembre 1960), en *Ecclesia* (1011) 8-12.

^{xiv} Ver Burgos, J. M., 'Posibles raíces de la vida conciliar en Juan XXIII', en *Ecclesia* (933), 13. Como dice Juan XXIII, en *Diario del alma*, el 20 de enero de 1959 se ve sorprendido por una gran gracia; por ella le parecen <<como sencillas y de inmediata ejecución algunas ideas nada complejas, sino sencillísimas, pero de vasto alcance y responsabilidad frente al porvenir, y con éxito inmediato. ¡Qué expresiones éstas: acoger las buenas inspiraciones del Señor (*simpliciter et confidenter*) simple y confiadamente!... >>. <<El primer sorprendido de esta propuesta mía (Concilio Ecuménico, Sínodo Diocesano, revisión del Derecho canónico) fui yo mismo, sin que nadie me hiciera indicación al respecto. Y decir que luego todo me pareció tan natural en su inmediata y continuo desarrollo. Después de tres años de preparación, laboriosa ciertamente, pero también feliz y tranquila, aquí estoy yo a los pies de la santa montaña. Que el Señor me sostenga para llevar todo a buen término>> (Juan XXIII, *Diario del alma* [Ed. Cristiandad, Madrid 1964]) 406-7). A los pies de la santa montaña: en la meditación introductoria del *Diario*, G. Bevilacqua comenta: <<tal vez en su espíritu había comprendido ya que la montaña no era el Concilio, sino el calvario. Así se colige de una confianza expresada, como de costumbre, con fe y caridad sublime: "Ahora ya sé qué aportación me pide el Señor para el Concilio: mi sufrimiento". La cruz se posesionó del él y dejó impreso su formidable sello sobre cada uno de sus sentidos, en el misterio de sus silencios, en cada pliegue de su espíritu>> (p. 30).

Todo se entiende mejor si acudimos al profeta Ageo, cuyo mensaje de *reconstrucción del templo* incluye el mandato de *subir a la montaña* (Ag 1, 8). Éste no es el único paralelismo con la llamada a la *renovación de la Iglesia* por parte de Juan XXIII. Hay más: *las dificultades creadas por la falsa prudencia* (1, 2), *la necesidad de la reconstrucción* (1, 9), *la inutilidad de muchos esfuerzos baldíos* (1, 5s.), *lo que el viento se llevó* (1, 9), *el despertar de los espíritus dormidos* (1, 14), *la referencia al esplendor de los orígenes* (2, 3), *las palabras de ánimo* (2, 4s.), *la presencia del Señor* (<<Yo estoy con vosotros>>; 1, 13), *la acción del Espíritu* (2, 5).

Se dice que la noche que siguió al anuncio del Concilio, Juan XXIII tuvo dificultad de conciliar el sueño. Entonces se dijo a sí mismo: "Juan, ¿por qué no duermes? ¿Gobiernas tú la Iglesia o el Espíritu Santo? ¿Es el Espíritu Santo?, ¿no? Pues bien, duerme, Juan". Sobre la preparación del Concilio, ver Bonet, A., 'El Concilio se acerca', en *Ecclesia* (1011) 21-22; también ICA, *Introducción*, 6.

^{xv} Víctor Codina describe el ambiente que rodeó a la convocatoria del Concilio: sorprendió literalmente a todo el mundo. Muchos se preguntaban si era necesario un nuevo concilio. Otros se sentían desconcertados ante la poca precisión oficial sobre la finalidad del concilio: ¿un concilio para reunir a todos los cristianos desunidos?, ¿un concilio para condenar errores?, ¿un concilio para proclamar nuevos dogmas? Algunos hablaban de una auténtica "folia" (locura) papal... >> (Codina, V., 'El Vaticano II: ¿qué fue?, ¿qué significó? Claves de interpretación', en *Sal Terrae* 4 (1983)243). Pablo VI formuló así el objetivo del Concilio: "hacer a la Iglesia del siglo XX cada vez más apta para anunciar el Evangelio a la humanidad de este siglo" (En 2).

^{xvi} Ver Biblia de Jerusalén, *Introducción a los profetas* (Ageo).

^{xvii} Ver PC I, 4.2.